

JUVENTUD

Padre Pedro José Ynaraja

Me he referido al entusiasmo e ilusión en los dos últimos artículos. Parecería que las dos cualidades que considero esenciales, serían propias de la juventud, cosa que no acepto. En primer lugar porque la palabra, hoy en día, supone unos contenidos que no son reales. Y quisiera detenerme un momento en unas cuantas consideraciones al respecto, en el terreno puramente antropológico.

La vida humana pasaría por cuatro etapas, sin una definida frontera que las separe: infancia, juventud, madurez y vejez. En culturas primitivas, antiguas o actuales, es así. La edad biológica de cada una, está bastante bien delimitada.

La infancia se inicia en el nacimiento y continúa durante la lactancia. La fiesta del destete, hacia los cinco o seis años, supone integrarse ya en algunas tareas sociales, cuidar cabras, tejer en el telar doméstico, moler el grano, ir a buscar agua a la fuente...

Llega, hacia los 12-13 años, la mayoría de edad, el hacerse esclavo de la Ley, en el decir judío, que se expresa en el "Bar-Mitzvá". Significa reconocer públicamente que el sujeto ya es responsable del cumplimiento de las normas de la Torá, que, según la Mishnah, son exactamente 613 obligaciones. Se logra así la incorporación al pueblo escogido, aunque la afiliación al ejercito, no sea hasta los 20 años. Decir "el Niño Jesús perdido y hallado en el Templo" no es correcto. Sería más exacto llamarlo joven y entenderíamos mejor así la iniciativa de quedarse a escuchar a los rabinos que enseñaban, sentados en un poyo, dialogando con los discípulos, ellos en el duro suelo. El buen maestro sabe que la categoría del alumno, no se mide por las respuestas, sino por la agudeza de sus preguntas.

Continúo con el crecimiento personal. No mucho después, el cambio lo definía, de alguna manera, el compromiso matrimonial. Empezaba entonces la edad adulta, con plena autonomía, vida fértil y entrega responsable y libre a un oficio o profesión. Esta etapa era la mejor calificada. Un adulto, recién salido de la juventud, no merecía total confianza. Véase el juicio que de los tales hace 1ºRe 12,8.

La ancianidad, pese a las limitaciones y achaques que implicaba, era la más apreciada respecto a sabiduría y ejemplaridad. Este segundo concepto lo señala muy bien la respuesta de viejo Eleazar a sus verdugos: "me mostraré digno de mi ancianidad, dejando a los jóvenes un ejemplo noble, al morir generosamente con ánimo y nobleza por las leyes venerables y santas. (II Mac 7,28).

Así se clasificaba y calificaba las diferentes etapas humanas en culturas primitivas. Si he hecho referencia a la bíblica, es por el contexto donde se incluyen estas divagaciones. La situación de la mujer evolucionaba paralelamente, con condicionantes biológicos, gestación y lactancia, y marginación por injustos criterios sociales. La Biblia es ciertamente algo misógina, pero mucho menos que

composiciones de su rango en otros ambientes. Cuando María marcha a visitar a Isabel, familiar suya, no era una niña, ya era responsable ante la Ley, pese a que su edad fuera de alrededor de los 13 años.

Una serie de factores han modificado esta división. Acabada hoy la segunda infancia, llegada la pubertad, empieza la adolescencia, etapa de desequilibrios emocionales, crisis y lento crecimiento espiritual. Aparece y evoluciona desarrollándose, sexualidad, que hasta entonces existía relativamente oculta. El sujeto está obligado a estudiar, vetándosele el trabajo profesional. Se siente protagonista exteriormente, pero sufre indecisión interior. Grandes descubrimientos van unidos a grandes derrotas. Alargada como está hoy la adolescencia, que, vuelvo a repetir, no existía, ni existe en otros tiempos o culturas, dificulta la maduración del individuo y desorienta a los educadores, sean padres o profesores. Sucede a esta situación la llamada juventud, que uno ya no sabe cuando termina. Ya que aparece en la escena social un político, un sacerdote o un empresario de 35 años y se dice de él que es joven. Estos cambios tienen consecuencias en la tarea cristiana de la evangelización, de la que quería hablar, pero que será preciso lo haga en un próximo artículo.

Padre Pedro José Ynaraja